



**Wells**

## **Historia del médico y el baúl mundo**

El señor Silas O. Scuddamore era un joven norteamericano, de carácter sencillo y apacible, y ello era meritorio, pues había nacido en Nueva Inglaterra, provincia del Nuevo Mundo, no precisamente conocida por estas cualidades. Aunque era inmensamente rico, llevaba siempre la relación de todos sus gastos en una pequeña libreta de notas, y había optado por estudiar las atracciones de París desde el séptimo piso de lo que se conoce como un «hotel amueblado», en el Barrio `Latino. Su austeridad se debía mucho a la fuerza de la costumbre, y su virtud, que destacaba mucho entre 'la gente con la que se relacionaba, estaba basada, sobre todo, en su juventud y su timidez.

La habitación contigua a la suya la ocupaba una seflora, de aire muy atractivo y elegante en su indumentaria, a quien había tomado por una condesa cuando Regó. Con el tiempo, se enteró de que se la conocía con el nombre de señora Zéphyrine, y que no era una persona de título, cualquiera que fuese la posición que ocupara en la vida. La señora Zéphyrine, probablemente con la esperanza de atraer al joven americano, acostumbraba a inclinarse gentilmente cuando se cruzaban en las escaleras, diciendo alguna palabra amable o lanzando una mirada arrolladora con sus ojos negros, para desaparecer después entre un murmullo de sedas y el descubrimiento de un pie y un tobillo admirables. Pero estos intentos no estimulaban al señor Scuddamore sino, que por el contrario, le hundían más en los abismos de la depresión y la timidez. Había ido a verle varias veces para pedirle fuego o disculparse por las imaginarias molestias que le causaba su perrito. Pero la boca del joven quedaba muda en presencia de aquel ser tan superior, su francés le abandonaba en el acto, y sólo podía mirarla fijamente y tartamudear hasta que ella se iba. Lo limitado de aquel intercambio no le impedía lanzar

gloriosos comentarios sobre ella cuando estaba solo y seguro con algunos de sus amigos.

La habitación del otro lado de la del americano -pues el hotel tenía tres habitaciones por planta- estaba alquilada por un viejo médico inglés de reputación bastante dudosa. El doctor Noel, pues ése era su nombre, se había visto obligado a abandonar Londres, donde gozaba de una gran e importante clientela, y se aseguraba que aquel cambio de ambiente había sido promovido por la policía. Lo cierto era que aquel hombre, que había sido casi un personaje honorable en los años anteriores de su vida, vivía ahora en el Barrio Latino con gran sencillez y en soledad, dedicado casi todo el tiempo al estudio. El señor Scuddamore había entablado conocimiento con él y los dos hombres cenaban juntos de tanto en tanto, muy frugalmente, en un restaurante del otro lado de la calle.

Silas O. Scuddamore tenía muchos vicios pequeños, aunque de naturaleza respetable y la elegancia no le impedía concedérselos de manera a veces un poco dudosa. De sus debilidades, la mayor era la curiosidad. Era chismoso de nacimiento, y la vida, en especial aquellos aspectos en los que no tenía experiencia, le interesaba con pasión. Era un preguntón incorregible e impertinente y planteaba sus preguntas con gran insistencia y total indiscreción. Cuando había llevado una carta ajena al correo, le habían visto sopesarla en la mano, darle vueltas y vueltas, y estudiar las señas con la mayor atención. Y cuando encontró un agujero en la pared que separaba su habitación de la de la señora Zéphyrine, en lugar de cerrarlo, lo agrandó y mejoró la abertura, y lo utilizó para espiar la vida de su vecina.

Un día, hacia finales de marzo, con la curiosidad cada vez más desarrollada a medida que se abandonaba a ella, agrandó el agujero un poco más, de manera que pudiera ver otra esquina de la habitación. Aquella tarde, cuando fue, como de costumbre, a inspeccionar los movimientos de la señora Zéphyrine, quedó asombrado al encontrar la abertura oscurecida de una extraña manera por el otro lado, y todavía se sintió más avergonzado cuando el obstáculo fue súbitamente retirado y oyó una carcajada. Un poco de yeso debía de haber revelado el secreto de su espionaje y su vecina le había devuelto el cumplimiento de la misma manera. El señor Scuddamore se sintió terriblemente molesto y condenó sin piedad a la señora Zéphyrine; se culpó a sí mismo de lo ocurrido; pero cuando, al día siguiente, comprobó que ella no había tomado medidas para privarle de su entretenimiento favorito, continuó aprovechándose de su descuido y satisfaciendo su vana curiosidad.

Al día siguiente, la señora Zéphyrine recibió una larga visita. Era un hombre alto y desgarbado, de más de cincuenta años, a quien Silas no había visto nunca. Su traje de tweed y su camisa de colores, así como sus gruesas patillas, indicaban que era inglés, pero tenía unos ojos grises y opacos que infundieron en Silas una sensación de frialdad. Estuvo haciendo muecas con la boca, de un lado a otro, y de arriba abajo, durante toda la conversación, que se desarrolló en susurros. Al joven de Nueva Inglaterra le pareció que, más de una vez' el hombre señalaba con sus gestos hacia su habitación; pero lo único claro que pudo concluir, con toda su escrupulosa atención, fue una frase que dijo en voz un poco más alta, como en respuesta a alguna resistencia u oposición:

-He estudiado sus gustos con la mayor atención, y le digo y le repito que usted es una la única mujer de esa clase con la que puedo contar.

La señora Zéphyrine respondió a estas palabras con un suspiro e hizo un ademán de aparente resignación, como quien se rinde ante una indiscutible autoridad.

Esa tarde, el observatorio quedó clausurado definitivamente, cuando en el otro lado se colocó un armario ropero delante. Pero cuando Silas estaba todavía lamentándose de este infortunio, que atribuía a una malévolas sugerencia de aquel inglés, el portero le trajo una carta escrita con letra de mujer. Estaba escrita en francés, con una ortografía no muy correcta, no llevaba firma, y en los términos más sugestivos invitaba al joven americano a acudir a un lugar determinado del baile Bullier a las once de aquella noche. La curiosidad y la timidez libraron una larga batalla en su interior; a veces era todo virtud, a veces era todo ardor y osadía. El resultado final fue que, mucho antes de las diez, el señor Silas O. Scuddamore se presentó impecablemente vestido en la puerta del salón de baile Bullier y pagó su entrada con una sensación de temeraria desenvoltura que no carecía de encanto.

Eran los días de carnaval y el salón estaba repleto y ruidoso. Las luces y la muchedumbre intimidaron bastante al principio a nuestro joven aventurero, pero después se le subieron a la cabeza en una especie de embriaguez que le hizo sentirse en posesión de su más íntimo atrevimiento. Se sentía dispuesto a enfrentarse al diablo, y se paseó ostentosamente por el salón con toda la seguridad de un caballero. Mientras efectuaba su recorrido, localizó a la señora Zéphyrine, y a su hombre inglés, que estaban conferenciando detrás de una columna. El espíritu felino de la curiosidad le dominó al momento y fué acercándose cada vez más a la pareja por detrás, hasta que pudo escuchar lo que hablaban.

-Aquél es el hombre -decía el inglés-. Aquél del pelo largo rubio, el que está hablando con la chica vesIda de verde.

Silas identificó a un joven muy apuesto, de baja estatura, que era claramente el objeto de aquella designación.

-De acuerdo -dijo la señora Zéphyrine-. Haré todo lo que pueda. Pero recuerde que hasta las mejores podemos fallar en estos asuntos.

-¡Bah! -replicó su compañero-. Respondo del resultado. ¿No la he escogido de entre treinta? Vaya, pero tenga cuidado con el príncipe. No puedo imaginar qué maldita casualidad le ha traído aquí esta noche. Como si no hubiera docenas de bailes en París más merecedores de él que esta escandalera de estudiantes y comerciantes. Mírele donde está sentado: parece más un emperador en su casa que un príncipe de vacaciones.

Silas tuvo otra vez suerte. Pudo ver a un hombre de constitución fuerte, de gran apostura y aire majestuoso y cortés, sentado a una mesa con otro hombre joven también apuesto, varios años más joven, que se dirigía a él con explícita deferencia. El título de príncipe sonó agradablemente a los oídos republicanos de Silas y el aspecto de la persona a quien se aplicaba aquel título ejerció el habitual encanto sobre él. Dejó que la señora Zéphyrine y su inglés se cuidasen el uno al otro y, abriéndose paso entre la multitud, se aproximó a la mesa que el príncipe y su confidente habían honrado con su elección.

-Le digo, Geraldine -decía el primero-, que esta actuación es una locura. Usted mismo (y me complace recordarlo) eligió a su hermano para este arriesgado servicio, y tiene usted el deber de vigilar su conducta. Ha consentido permanecer varios días en París, lo cual ya es una imprudencia considerando el carácter del hombre con el que trata. Y ahora, cuando le faltan cuarenta y ocho horas para la partida, cuando le quedan dos o tres días para la prueba decisiva, le pregunto si éste es el lugar adecuado para pasar el rato. Debería estar practicando en una galería de tiro, durmiendo las horas necesarias y haciendo un ejercicio moderado de paseos; debería seguir una dieta rigurosa, sin vinos blancos ni brandy. ¿Se cree ese chiquillo que estamos representando una comedia? La cosa es mortalmente seria, Geraldine.

-Conozco al muchacho demasiado para entrometerme -dijo el coronel Geraldine- y lo bastante bien como para no alarmarme. Es mucho más precavido de lo que usted imagina y tiene un valor extraordinario. Si hubiera alguna mujer en medio, quizá no lo aseguraría tanto, pero confío al presidente a sus manos y en las de los dos sirvientes, sin la menor aprensión.

-Me alegra enormemente oírlo -replicó el príncipe-, pero no me siento del todo tranquilo. Esos sirvientes son espías muy bien adiestrados y ¿acaso no ha conseguido el bribón eludir su vigilancia en tres ocasiones y dedicar varias horas a asuntos suyos, seguramente peligrosos? Un aficionado podría haberle perdido por casualidad, pero si despistó a Rudolph y Jérôme debe de haber sido con un propósito determinado y por un hombre con extraordinaria habilidad y con poderosos motivos.

-Creo que ahora el asunto está entre mi hermano y yo -dijo Geraldine con cierto matiz de ofensa en la voz.

-Me parece bien que sea así, coronel Geraldine -afirmó el príncipe Florizel-. Quizá por esta misma razón debería estar usted más dispuesto a aceptar mis consejos. Pero basta ya. Esa chica de amarillo baila maravillosamente.

Y la conversación derivó a los temas acostumbrados de un salón de baile de París y de la época de carnaval.

Silas recordó entonces dónde estaba y que estaba a punto de dar la hora en que debía encontrarse en el lugar que le habían indicado. Cuanto más reflexionaba sobre ello, menos le agradaba la idea y como en ese momento un empujón de la multitud empezó a llevarle en dirección a la puerta, se dejó llevar sin oponer resistencia. La corriente humana le dejó en una esquina, bajo la galería, y allí le llegó inmediatamente a los oídos la voz de la señora Zéphyrine. Estaba hablando en francés con el joven de la melena rubia que le había señalado el extraño inglés media hora antes.

-Tengo un nombre que proteger -decía ella-. Si no, no pondría más objeciones que las que mi corazón me dictara. Sólo ha de decirle eso al portero y le permitirá pasar sin una palabra más.

, -Pero ¿por qué esas palabras de una deuda? -objetó su acompañante.

-¡Santo cielo! -exclamó ella-. ¿Cree usted que no conozco mi propio hotel?

Y se alejó, colgada cariñosamente del brazo de su acompañante.

Esto recordó a Silas su carta. «Diez minutos más -pensó-, y puede que esté paseando con una mujer tan hermosa como ésta, quizá hasta más elegante.... puede que una dama verdadera o una aristócrata. » Pero entonces recordó la ortografía y se sintió un poco descorazonado. «A lo mejor la ha escrito su doncella», imaginó.

Sólo faltaban ya unos minutos para la hora en el reloj, y esta cercanía le hizo latir el corazón con una rapidez desconocida y hasta cierto punto desagradable. Reflexionó con alivio que no estaba en absoluto obligado a comparecer. La virtud y la cobardía se unían y se dirigió otra vez a la puerta, ahora por su -Propia decisión, luchando contra el flujo del gentío que ahora se movía en dirección contraria. Quizá esta Prolongada resistencia le cansó o se hallaba en ese estado mental en que basta que una determinación se prolongue unos minutos para producir una decisión y un propósito diferentes al original. Finalmente, se dio la vuelta por tercera vez y ya no se detuvo hasta que encontró un lugar donde ocultarse, a pocos pasos del punto de la cita.

Allí sufrió una verdadera agonía y varias veces rogó al Cielo que viniese en su ayuda, pues Silas había sido educado devotamente. No sentía ahora deseo ninguno del encuentro; sólo le impedía escapar el absurdo temor de que se le creyera cobarde; pero ese temor era tan poderoso que se sobreponía a todas las otras razones; y, aunque no le decidía a avanzar, le impedía echar a correr de una vez. Por último, el reloj señaló diez minutos más de la hora. El ánimo del joven Scuddamore empezó a serenarse; escrutó desde donde se encontraba y no vio a nadie en el lugar de la cita; sin duda su anónimo corresponsal se había cansado de esperar y había marchado. Se sintió tan audaz como antes se había sentido tímido. Le pareció que si acudía finalmente a la cita, aunque fuese tarde, quedaría limpio de cualquier sospecha de cobardía. Empezó a sospechar que le habían gastado una broma y se felicitó a sí mismo de su astucia al haber recelado de sus engañadores. ¡Así de vanidosa es la mente de un muchacho!

Armado con estas reflexiones, avanzó valerosamente desde su rincón y, no había dado dos pasos, cuando una mano le cogió por el brazo. Se volvió y se encontró con una dama, alta, de porte majestuoso y maneras señoriales, pero sin ninguna señal de seriedad en la mirada.

-Veo que es usted un seductor muy seguro de sí mismo -dijo la dama-, puesto que se hace esperar. Pero estaba decidida a encontrarme con usted. Cuando una mujer se olvida tanto de sí misma como para dar el primer paso, deja atrás todas las pequeñas consideraciones del orgullo.

Silas se sintió sobrecogido por el tamaño y los atractivos de su acompañante, así como por la manera súbita en que había caído sobre él. Pero ella pronto lo tranquilizó. Se conducía de manera gentil y afectuosa; le animaba a hacer bromas, que le aplaudía con entusiasmo, y, en muy poco tiempo, entre esas atenciones y un uso abundante de un brandy caliente, ella logró no sólo inducirle a imaginarse enamorado sino incluso a que le declarase su pasión de manera vehemente.

-¡Ay! -exclamó la dama-. No sé si no debería lamentar este momento, por grande que sea el placer que me producen sus palabras. Hasta ahora, yo sufría sola; en adelante, mi

pobre muchacho, sufriremos dos. No soy dueña de mis actos. No me atrevo a pedirle que venga a visitarme a mi casa, pues allí me acechan unos ojos celosos. Veamos -añadió-, soy más mayor que usted, aunque sea mucho más débil; y si bien confío en su valor y determinación, debo utilizar mi conocimiento del mundo y de la vida en provecho de los dos. ¿Dónde vive usted?

Él le respondió que se alojaba en un hotel amueblado y le dio el nombre de la calle y el número. Ella pareció reflexionar unos minutos, haciendo un esfuerzo por pensar.

-Bueno -dijo, finalmente-. Será usted fiel y obediente, ¿no es verdad?

Silas le aseguró ansiosamente su fidelidad.

-Mañana por la noche, entonces -prosiguió ella con una sonrisa alentadora-. Debe usted quedarse en casa toda la tarde; si vienen amigos a visitarle, despídalos en seguida con el primer pretexto que se le ocurra. ¿Suelen cerrar el portal a las diez?

-A las once -contestó Silas.

-A las once y cuarto -siguió la dama-, salga de su casa. Llame para que le abran la puerta y, sobre todo no se ponga a conversar con el portero, pues eso lo estropearía todo. Vaya directo a la esquina de los jardines de Luxemburgo con el Boulevard. Me encontrará allí esperándole. Confío en que seguirá mis advertencias punto a punto; recuerde que si me falla, aunque sólo sea en una, acarreará problemas gravísimos a una mujer cuya única falta es haberle visto y haberse enamorado de usted.

-No veo la utilidad de todas estas instrucciones -opinó Silas.

\_Me parece que ya empieza usted a tratarme como mi dueño -exclamó ella, golpeándole suavemente en el brazo con el abanico-. ¡Paciencia, paciencia! Todo llegará a su tiempo. Una mujer quiere que la obedezcan al principio, aunque después su placer es obedecer. Haga lo que le pido, ¡por el amor de Dios!, o no respondo de nada. En realidad, ahora que lo pienso -añadió, como si resolviera de pronto alguna dificultad- tengo un plan mejor para evitar cualquier visita inoportuna. Dígale al portero que no deje entrar a nadie a visitarle, excepto a una persona que posiblemente acuda esa noche a cobrar una deuda; y hable con sentimiento, como si le diera miedo la visita, de modo que se tome en serio sus palabras.

-Creo que podría usted confiar en que sé protegerme solo de los intrusos -dijo él, con una nota de resentimiento en la voz.

-Me gusta arreglar las cosas así -contestó ella con frialdad-. Conozco a los hombres; no hacen ustedes ningún caso de la reputación de una mujer.

Silas enrojeció y se sintió un poco avergonzado, porque en el panorama que se le presentaba había incluido el vanagloriarse delante de sus amigos.

-Sobre todo no hable con el portero al salir -insistió la mujer.

-¿Por qué? -inquirió él-. De todas sus instrucciones, ésta me parece la menos importante.

-Al principio dudó usted de la conveniencia de algunas de las otras, que ahora entiende muy necesarias -replicó ella-. Créame, esto también tiene su sentido, lo verá a su tiempo. ¿Y qué debo yo pensar de su afecto por mí, si rechaza usted tales trivialidades en nuestro primer encuentro?

Silas se enredó en explicaciones y disculpas, pero a la mitad ella miró el reloj y dio una palmada, ahogando un grito de sorpresa.

-¡Cielos! -exclamó-. ¿De veras es tan tarde? No puedo perder un instante. ¡Ay! ¿Pobres mujeres, cuán esclavas somos! ¿Cuánto no he arriesgado ya por usted?

Y, tras repetirle sus instrucciones, que combinó ampliamente con caricias y miradas de entrega, se despidió de él diciéndole adiós y desapareció entre la multitud.

Durante todo el día siguiente, Silas se sintió embargado, por un sentimiento de gran importancia. Estaba Zonvencido, ahora, de que la dama era una condesa y cuando cayó la tarde siguió minuciosamente todas sus indicaciones y se dirigió a los jardines de Luxemburgo a la hora acordada. No había nadie. Aguardó durante ,casi media hora, mirando los rostros de todos los que paseaban o deambulando por el derredor. Fue a las esquinas próximas del Boulevard y dio la vuelta completa a las verjas de los jardines, pero no había ninguna hermosa condesa que se arrojara en sus brazos. Finalmente, muy malhumorado, dirigió sus pasos nuevamente de vuelta al hotel. En el camino, recordó las palabras que había oído entre la señora Zéphyrine y el hombre de cabello rubio, y éstas le provocaron un desasosiego infinito. «Parece -pensó-, que todo el mundo tiene que decirle mentiras a nuestro portero.»

Tocó el timbre, la puerta se abrió ante él y el portero apareció en pijama ofreciéndole una luz.

-¿Se ha marchado él? -preguntó.

-¿Él? ¿A quién se refiere? -inquirió a su vez Silas, un poco secamente, por su disgusto por la cita.

-No le he visto salir -siguió el portero-, pero espero que le haya pagado usted. En esta casa, no nos gusta tener inquilinos que no pueden cumplir con sus deudas.

-¿De qué demonios está hablando? -preguntó Silas, rudamente-. No entiendo una palabra de toda esta cháchara.

-Del hombre bajo, rubio, que vino a por la deuda -respondió el portero-. Creo que es ése. ¿Quién más podía ser si tenía órdenes suyas de no admitir a nadie más?

-¡Por Dios! Por supuesto que no ha venido nadie.

-Yo creo lo que creo -repuso el portero, componiendo una mueca burlona con la lengua en la mejilla.

-Es usted un condenado pícaro -gritó Silas.

Pero, sintiendo que había hecho el ridículo con su brusquedad, y asaltado a la vez por unas alarmas inconscientes, se dio la vuelta y empezó a subir a toda prisa las escaleras.

—¿Entonces, no quiere la luz? -gritó el portero.

Pero Silas se limitó a subir más deprisa y no se paró hasta que llegó al séptimo piso y a la puerta de su propia habitación. Esperó un momento para recobrar el aliento, asaltado por los peores presentimientos y casi temeroso de penetrar en la habitación.

Cuando al final entró, sintió alivio al encontrarla a oscuras y, en apariencia, sin nadie dentro. Respiró hondo. Estaba otra vez en casa, y a salvo, y aquélla iba a ser su última locura tan cierto como que había sido la primera. Guardaba las cerillas en la mesita de noche y avanzó a ciegas hacia allá. Mientras se movía, volvió a sentirse inquieto, y cuando su pie alcanzó un obstáculo le satisfizo comprobar que no era nada más alarmante que una silla. Al final, tocó las colgaduras del lecho. Por la situación de la ventana, que era claramente visible, supo que estaba a los pies de la cama y que sólo tenía que seguir a tientas un poco más para llegar a la mesita de noche.

Bajó la mano, pero lo que tocó no fue sólo el cobertor era el cobertor con algo debajo que parecía la forma de una pierna humana. Silas retiró la mano y se quedó petrificado. «¿Qué puede significar todo esto», se preguntó.

Escuchó con atención, pero no se percibía sonido alguno de respiración. Una vez más, con un tremendo esfuerzo, tocó con la punta del dedo el lugar que había tocado antes. Pero esta vez saltó medio metro atrás, temblando y paralizado de horror. En su cama había algo. No sabía lo qué era, pero había algo.

Transcurrieron unos segundos hasta que logró moverse. Luego, guiado por el instinto, fue derecho a las cerillas y, de espaldas a la cama, encendió una vela. En la llama prendió, se dio la vuelta lentamente y miró hacia lo que temía ver. Con seguridad, era lo peor que su imaginación había podido concebir. La sobrecama estaba cuidadosamente estirada sobre las almohadas, pero modelaba la silueta de un cuerpo humano que permanecía inmóvil. Silas dio un salto adelante, apartó de un tirón las sábanas y reconoció al joven del cabello rubio que había visto la noche anterior en el salón de baile Bullier. Tenía los ojos abiertos pero sin vida, el rostro hinchado y negro, y un fino reguero de sangre le corría desde la nariz.

Silas lanzó un prolongado y trémulo gemido, dejó caer la vela y cayó de rodillas junto a la cama. Le despertó del atontamiento en que le había sumido su terrible descubrimiento un tenue golpeteo en la puerta. Tardó unos segundos en recordar su situación y, cuando se precipitó a evitar que nadie entrara en la habitación, era ya demasiado tarde. El doctor Noel, tocado con un alto gorro de dormir y transportando una lámpara que iluminaba sus blancas facciones, empujó lentamente la puerta abierta, entró mirando a uno y otro lado con la cabeza inclinada como un pájaro, y se colocó en el medio de la habitación.

-Creí oír un grito -empezó el doctor-, y, temiendo que no se encontrara usted bien, no he dudado en permitirme esta intrusión.

Silas se mantuvo entre el doctor y el lecho, con la cara roja y notando los latidos de terror de su corazón, pero no encontró voz suficiente para responder.

-Está usted a oscuras -siguió el doctor- y no ha empezado siquiera a prepararse para descansar. No me persuadirá usted fácilmente contra lo que veo con mis propios ojos y su rostro declara con la mayor elocuencia: usted necesita un médico o un amigo. ¿Cuál de las dos cosas será? Déjeme tomarle el pulso, que a menudo nos informa de cómo va el corazón.

Avanzó hacia Silas, que se retrocedió unos pasos, e intentó cogerle la muñeca, pero la tensión nerviosa del joven norteamericano era demasiado grande ya para aguantar más. Evitó al doctor con un movimiento enfebrecido, se tiró al suelo y rompió a llorar a raudales.

En cuanto el doctor Noel percibió la forma del hombre muerto en el lecho se le oscureció la cara. Corrió hacia la puerta, que habla dejado abierta, la cerró apresuradamente y le echó doble llave.

-¡Arriba! -gritó, dirigiéndose a Silas con voz estridente-. No es momento de llorar. ¿Qué ha hecho usted? ¿Cómo ha llegado este cuerpo a su habitación? Hable francamente a alguien que puede ayudarle. ¿Imagina usted que voy a hundirle? ¿Cree usted que este pedazo de carne muerta en sus almohadas altera de algún modo la simpatía que siempre me ha inspirado usted? Juventud crédula, el horror con que observa las acciones la ley ciega e injusta no se contagia a los ojos de los que le aprecian de verdad. Si viera a mi mejor amigo volver a mí envuelto en mares de sangre, nada cambiaría en mi afecto. Levántese -siguió-, la bondad y la maldad son una quimera; no hay nada en vida salvo el destino, y cualesquiera sean las circunstancias en que se encuentre, hay alguien a su lado, que le ayudará hasta el final.

Animado de esta manera, Silas consiguió dominarse y, con voz quebrada y auxiliado por las preguntas del doctor, consiguió al final ponerle al corriente de los hechos. Mas omitió la conversación entre el príncipe y Geraldine, pues no había comprendido su sentido y no creía que guardara relación alguna con su des

-¡Ay! -exclamó el doctor Noel-. O mucho me equivoco o ha caldo usted con toda inocencia en las manos más peligrosas de Europa. ¡Pobre chico, qué abismo se le ha abierto por su simpleza! ¡A qué mortal peligro le han conducido sus inconscientes pies! ¿Podría usted describirme a ese hombre -preguntó-, ese inglés a quien vio usted dos veces, del que sospecho es el cerebro de toda la intriga? ¿Era joven o viejo? ¿Bajo o alto?

Pero Silas, que, a pesar de toda su curiosidad no tenía ojos para ver, fue incapaz de proporcionar más que neras generalidades, que hacían imposible reconocer al hombre.

-¡Pondría una asignatura obligatoria en todos los colegios! -gritó, enfadado, el doctor---. ¿De qué sirve tener vista y un lenguaje articulado, si un hombre no es capaz de observar y reconocer los rasgos de su enenigo? Yo, que conozco a todos los gánsteres de Europa, podría haberle identificado y así conseguir nuevas armas para defenderle. Cultive este arte en el futuro, mi pobre muchacho; puede serle de utilidad.

-¡El futuro! -exclamó Silas-. ¿Qué futuro hay para mí, excepto la horca?

-La juventud es una edad cobarde -repuso el doctor-, y los problemas de un hombre parecen más negros de lo que son. Soy ya viejo, y sin embargo no desespero nunca.

-¿Puedo contarle una historia así a la policía? preguntó Silas.

-Seguro que no -replicó el doctor-. Por lo que ya anticipo de la maquinación en que le han implicado, su caso es desesperado por ese lado. Para las estrechas miras de las autoridades usted será, inevitablemente, el culpable. Y recuerde que sólo conocemos una parte del complot. Sin duda, los mismos infames conspiradores habrán preparado otros muchos detalles que se descubrirían en otra encuesta de la policía y sólo acentuarían más su culpabilidad que su inocencia.

-¡Estoy perdido, entonces! -gritó Silas.

-No he dicho eso -repuso el doctor Noel-, pues soy un hombre prudente.

-¡Pero mire eso! -insistió Silas, señalando el cuerpo-. Mire ese cuerpo en mi cama, y no puedo explicarlo, ni hacerlo desaparecer, ni mirarlo sin horror.

-¿Horror? -exclamó el doctor-. No. Cuando un reloj como éste deja de funcionar, para mí ya no es más que una ingeniosa pieza de maquinaria para ser investigada con el bisturí. Cuando la sangre se enfría y se estanca, deja de ser sangre humana; cuando la carne está muerta ya no es esa carne que deseamos en nuestros amantes y respetamos en nuestros amigos. La gracia, la atracción, el terror, todo se ha desvanecido con el espíritu que los animaba. Acostúmbrase a mirarlo con calma, pues si mi plan puede llevarse a la práctica, tendrá que vivir unos días en la proximidad de eso que ahora tan enormemente le horroriza.

-¿Su plan? -exclamó Silas-. ¿Qué plan? Dígamelo ahora mismo, doctor, porque apenas me resta valor para continuar viviendo.

El doctor Noel se volvió hacia el lecho sin responder y procedió a examinar el cuerpo.

-Muerto, desde luego -murmuró-. Sí, como había supuesto, los bolsillos vacíos. Y también han cortado el nombre de la camisa. Han hecho el trabajo con cuidado y a fondo. Afortunadamente, es de baja estatura.

Silas atendía a sus palabras con extrema ansiedad. por último, el doctor, finalizado su reconocimiento, se sentó en una silla y se dirigió al joven americano sonriendo.

-Desde que entré en esta habitación -dijo-, aunque he tenido muy ocupados los oídos y la lengua, no he dejado sin trabajar a mis ojos. Hace un momento observé que tiene

usted allí, en el rincón, uno de esos artefactos monstruosos que sus compatriotas arrastran con ellos a todas partes del globo: en una palabra, un baúl Saratoga. Hasta este momento no había sido nunca capaz de imaginarme la utilidad de esos muebles, pero empiezo a hacerme una idea. No me decidiría a afirmar si han servido para el comercio de esclavos o para evitar las consecuencias de un uso excesivo del puñal. Pero veo claramente algo: la finalidad de un baúl así es contener un cuerpo humano.

-No me parece -exclamó Silas-, que sea la situación adecuada para bromas.

-Aunque me exprese con cierto humor -replicó el doctor-, mis palabras son absolutamente serias. Y la primera cosa que debemos hacer, mi joven amigo, es vaciar el cofre de todo su contenido.

Silas se puso a disposición del doctor Noel, obedeciendo su autoridad. El baúl Saratoga no tardó en quedar vacío y su contenido desparramado por el suelo. Entonces, Silas tomó el cadáver por los talones y el doctor por los hombros y lo sacaron de la cama. Tras algunas dificultades, lo doblaron y lo introdujeron por entero en el baúl vacío. Con un esfuerzo por parte de ambos, forzaron la tapa y cerraron el baúl sobre aquel extraño equipaje, y el doctor le echó la llave y lo ató en varias vueltas con una cuerda. Mientras tanto, Silas guardó en el armario y la cómoda los objetos que habían sacado.

-Ahora -dijo el doctor-, ya hemos dado el primer paso hacia su salvación. Mañana, o incluso hoy, será su trabajo eliminar las sospechas del portero, pagándole todo lo que le debe; mientras, puede usted confiar en que dispondré todo lo necesario para que las cosas terminen bien. Entre tanto, acompañeme a mi habitación y le daré un buen narcótico, pues, haga lo que haga, debe usted descansar.

El día siguiente fue el más largo de los que Silas recordaba; parecía que no acabaría nunca. Se negó a ver a sus amigos y se sentó en un rincón con la vista fija en el baúl mundo, en fúnebre contemplación. Sus anteriores indiscreciones se volvían ahora en su contra, pues se dio cuenta de que el observatorio había sido abierto otra vez y de que era continuamente observado desde la habitación de la señora Zéphyrine. Llegó a serle tan desagradable que al final se vio obligado a taponar él mismo el agujero por su lado; y, cuando estuvo seguro de no ser observado, pasó buena parte del tiempo llorando contritamente y rezando.

A última hora de la tarde, el doctor Noel entró en la habitación llevando en la mano un par de sobres cerrados sin dirección, uno de los cuales era bastante grueso, mientras que el otro parecía vacío.

\_Silas -empezó, sentándose en la mesa-, ha llegado el momento de que le explique el plan que he forjado para salvarle. Mañana por la mañana, a primera hora, el príncipe Florizel de Bohemia regresa a Londres, tras pasar unos días de diversión en el carnaval de París. Tuve la fortuna, hace bastante tiempo, de prestar al coronel Geraldine, su caballerizo mayor, uno de esos servicios, bastante frecuentes en mi profesión, que nunca se olvidan por ambas partes. No debo explicarle la naturaleza de su compromiso para conmigo; baste decir que sé que está dispuesto a servirme en lo que le sea posible. Ahora bien, es preciso que llegue usted a Londres sin que le abran el baúl. Puede que las aduanas sean un obstáculo fatal, pero he pensado que, r razones de cortesía, el equipaje de una persona tan como el príncipe pasará sin ser examinado por los oficiales de

aduanas. He recurrido al coronel Geraldine y he obtenido una respuesta afirmativa. Si va usted mañana, antes de las seis, al hotel donde se aloja el príncipe, el baúl será recogido como parte de su equipaje y usted mismo hará el viaje como miembro de su séquito.

-Mientras hablaba, he recordado que ya he visto príncipe y al coronel Geraldine. Incluso escuché, de pasada, parte de su conversación la otra noche, en el baile del Bullier.

-Es muy probable, porque al príncipe le agrada con todas las clases sociales -asintió el doctor Una vez llegue usted a Londres -prosiguió-, habrá finalizado prácticamente su tarea. En este sobre grueso le entrego una carta a la que no me atrevo a poner dirección; pero en la otra encontrará usted las señas de la casa adonde debe llevar la carta junto con el baúl, que se quedará allí y no volverá a molestarlo.

¡Ay! -exclamó Silas-. Me gustaría creerle, cómo va a ser posible? Me abre usted una halagüeña perspectiva, pero ¿cree que puedo aceptar una solución tan improbable? Sea mas generoso, y permítame entender mejor lo que se propone.

El médico pareció dolorosamente impresionado.

-Joven -contestó-, no sabe usted cuán difícil es lo que me pide. Pero sea. Ya estoy habituado a la humillación y no puedo negarle esto después de lo que ya he hecho por usted. Sepa, pues, que aunque ahora ofrezco a una apariencia tan reposada, austera, solitaria, de hombre sólo adicto al estudio, cuando era más joven mi nombre era el grito de guerra de las almas más astutas y peligrosas de Londres; y, aunque en público era objeto de respeto y consideración, mi verdadero poder residía en las relaciones más secretas, terribles y criminales. A una de esas personas que entonces me obedecían es a quien ahora me dirijo para liberarle a usted de su carga. Eran hombres de diferentes naciones y poseedores de las más distintas habilidades, unidos todos por un temible juramento, que trabajaban para el mismo propósito. La finalidad de la asociación era el asesinato; y yo, el que ahora le habla, tan inocente en apariencia, era el jefe de tan despreciable banda.

-¿Cómo? -gritó Silas-. ¿Un asesino? ¿Alguien que comerciaba con el asesinato? ¿Voy a estrecharle la mano? ¿Cómo debo aceptar su ayuda? Viejo siniestro y asesino, ¿va usted a hacerme su cómplice, aprovechándose de mi juventud y mi desgracia?

El doctor rió con amargura.

-Es usted difícil de complacer, señor Scuddamore -dijo-, pero ahora le ofrezco elegir entre la compañía de un asesino o la de un asesinado. Si su conciencia es demasiado exquisita para aceptar mi ayuda, dígalos e inmediatamente le dejaré. De ahora en adelante, puede usted encargarse de su baúl y de lo que contiene como mejor convenga a su intachable conciencia.

-Confieso que me he equivocado -se disculpó Silas-. Debería haber recordado con cuánta generosidad se ofreció usted a protegerme, incluso antes de que yo le convenciera de mi inocencia; seguiré atendiendo sus consejos con gratitud.

-Eso está bien -repuso el doctor-, y me parece advertir que está usted empezando a aprender algunas de las lecciones de la experiencia.

-Al mismo tiempo -continuó el joven americano-, puesto que se confiesa usted mismo acostumbrado a estos trágicos asuntos, y las personas a las que me recomienda son sus antiguos amigos y asociados, ¿no podría encargarse usted mismo del transporte del baúl y librármelo de una cuestión tan odiosa?

-Le doy mi palabra -le dijo el doctor- de que le admiro cordialmente. Si no cree usted que ya me he metido bastante en sus intereses, crea que yo opino, de todo corazón, lo contrario. Acepte o rechace mis servicios como se los ofrezco y no me incomode con palabras de gratitud, pues valoro su consideración menos que su inteligencia. Llegará el día, si tiene usted la suerte de vivir muchos años con buena salud, en que recordará todo esto de manera distinta y se sonrojará por su comportamiento de esta noche.

Con estas palabras, el doctor se levantó de la silla, repitió sus instrucciones clara y sucintamente, y salió de la habitación sin dejar tiempo a Silas de responderle.

A la mañana siguiente, Silas se presentó en el hotel, donde fue recibido muy educadamente por el coronel Geraldine y liberado, desde aquel momento, de cualquier preocupación por el baúl y su tético contenido.

El viaje transcurrió sin incidentes significativos, aunque el joven se estremeció más de una vez al escuchar a los marineros y mozos de estación del peso inusual del equipaje del príncipe. Silas viajó en el coche con la servidumbre, pues el príncipe decidió viajar solo con su caballero mayor.

Una vez a bordo del vapor, sin embargo, Silas atrajo la atención del príncipe por la actitud de melancolía con que miraba el montón de las maletas, pues seguía sintiéndose presa de inquietudes por el futuro.

-Hay un joven -observó el príncipe-, que parece tener motivos de preocupación.

-Es el americano para quien pedí permiso a Su Alteza para viajar con su séquito.

-Me recuerda usted que no he sido bastante cortés con él -dijo el príncipe y, dirigiéndose a Silas, le habló con exquisita condescendencia: -Me ha encantado, joven señor, poder satisfacer el deseo que me hizo llegar a través del coronel Geraldine. Recuerde, por favor, que en cualquier momento me sentiré contento de prestarle un favor más importante.

A continuación, pasó a hacerle algunas preguntas sobre cuestiones políticas de América, que Silas respondió con sensatez y conocimiento.

-Es usted un hombre joven todavía -dijo el príncipe-, pero observo que es demasiado serio para su edad. Quizá dedica su atención a estudios muy duros. Pero, quizá, estoy siendo indiscreto y estoy tocando un tema doloroso.

-En verdad, tengo motivos para sentirme el más desgraciado de los hombres -respondió Silas-. Nunca se ha abusado con tanta injusticia de una persona más inocente.

-No le pediré que se confíe a mí -replicó el príncipe Florizel-, pero no olvide que la recomendación del coronel Geraldine es un salvoconducto infalible; y que no sólo estoy dispuesto, sino posiblemente soy más capaz que muchos otros, para prestarle un servicio.

Silas quedó encantado con la amabilidad del gran personaje, pero su mente volvió pronto a entregarse a sus tristes meditaciones, pues ni el favor de un príncipe con un republicano puede descargar al espíritu abatido de sus ansiedades.

El tren llegó a Charing Cross, donde, como siempre, los funcionarios del Tesoro respetaron el equipaje del príncipe. Los coches más elegantes estaban aguardando y Silas fue conducido, con el resto del séquito, a la residencia del príncipe. Allí, el coronel Geraldine fue a saludarlo y le expresó su satisfacción por haber podido ser de utilidad a un amigo del médico, por quien sentía una extrema consideración.

-Espero -añadió- que no encuentre usted dañada ninguna de sus porcelanas. Se dieron órdenes especiales para tratar con el mayor cuidado las maletas del príncipe.

Después ordenó a los criados que pusieran uno de los coches a la disposición del joven y que cargaran de inmediato el baúl. El coronel le estrechó la mano y se excusó de despedirse, pues debía cumplir sus obligaciones en la casa del príncipe.

Silas entonces rompió el sello del sobre que contenía las señas y ordenó al criado que lo condujeran a Box Court, una calle que salía del Strand. Pareció que el lugar no le era del todo desconocido al hombre, pues le miró con sorpresa y pidió que le repitieran la dirección. Silas subió al lujoso automóvil con el corazón sobresaltado y así siguió mientras le conducían a su destino. La entrada de Box Court era demasiado estrecha para el paso de un coche, pues se trataba de un sencillo sendero flanqueado por dos enrejados, en cada uno de cuyos extremos había un poyo. Un hombre estaba sentado en uno de ellos. Al ver el coche, se levantó y fue a saludar cordialmente al cochero, mientras el sirviente abría la portezuela para que bajara Silas y le preguntaba si debían descargar el baúl y a qué número de la calle transportarlo.

-Por favor, al número tres -contestó Silas.

Ayudó al criado a bajar el baúl y, a pesar de todo, hubieron de colaborar también el cochero y el hombre sentado en el poyo con grandes esfuerzos. Silas advirtió con horror, mientras se dirigía a la puerta de un casa, que un grupo de personas se habían acercado a curiosear alrededor. Intentó mantener la compostura antes de tirar de la campanilla, y cuando le abrieron entregó el segundo sobre al sirviente que acudió a abrirle la puerta.

-El señor se encuentra fuera -informó el criado-, pero si me deja usted la carta y vuelve mañana por la mañana, le informaré de cuándo le recibe. ¿Desea usted, quizá, dejar el baúl?

-¡Naturalmente! -exclamó Silas, arrepintiéndose al momento de su precipitación; dijo, entonces, que prefería llevarse consigo el baúl a un hotel.

Sus dudas provocaron la burla de la gente que se había arremolinado y que le siguió al coche haciendo algunos comentarios despectivos. Silas, tembloroso y asustado, pidió a los criados que le condujesen a algún hotel tranquilo que estuviese cercano.

Los hombres del príncipe dejaron a Silas en el Craven Hotel, en Craven Street, y marcharon inmediatamente, dejándole solo con el personal del hotel. La única habitación vacante era una muy pequeña, situada en el cuarto piso y en la parte trasera. Entre infinitas quejas y dificultades, un par de fornidos porteros transportaron el pesado baúl mundo. No es preciso mencionar que Silas les siguió pegado a sus talones durante la subida, y que a cada vuelta se le salía el corazón del pecho. Un paso en falso, reflexionaba, y el cajón podía caer sobre sus portadores y lanzar su fatídico contenido, todo al descubierto, sobre el pavimento del vestíbulo.

Cuando se encontró en su habitación, se sentó en el borde de la cama para recuperarse de la agonía que había sufrido. Pero apenas se había sentado cuando la sensación de peligro le alertó otra vez al ver al limpiabotas del hotel, que se había arrodillado junto al baúl y procedía a abrir officiosamente sus complicados cerrojos.

-¡Déjelo! -exclamó Silas-. No necesitare nada de dentro mientras esté aquí.

-Entonces, podía haberlo dejado en el vestíbulo -casi gruñó el hombre-. Pesa tanto y es tan grande como una iglesia. No puedo imaginarme qué lleva usted dentro. Si es dinero, es usted un hombre mucho más rico que yo.

-¿Dinero? -repitió Silas, repentinamente perturbado-. ¿Qué quiere decir con dinero? No tengo dinero, no diga usted tonterías.

-A la orden, capitán -replicó el limpiabotas guiñando un ojo-. Nadie tocará el dinero de su señoría. Yo

62

soy tan seguro como el banco -añadió-, pero como el cajón es pesado, no me importaría tomarme algo a la salud de su señoría.

Silas le tendió dos napoleones disculpándose de pagarle en moneda extranjera, y excusándose de ello por su reciente llegada. El hombre, gruñendo con más fervor y mirando malhumoradamente el dinero que tenía en la mano y el baúl del mundo, y luego el baúl del mundo y otra vez el dinero de la mano, consintió finalmente en retirarse.

El cadáver había pasado casi dos días ya en el interior del baúl de Silas y en cuanto el infortunado joven americano se quedó solo, se acercó y empezó a oler todas las rendijas y aberturas con gran atención. Pero hacía un tiempo frío y el baúl mundo todavía mantenía bien su pavoroso secreto.

Silas se sentó en una silla junto al baúl, con la cara entre las manos, y la mente sumida en las más profundas reflexiones. Si alguien no le prestaba ayuda, no había duda de que sería rápidamente descubierto. Solo, en una ciudad extraña, sin amigos ni cómplices, si la carta de presentación del doctor Noel no surtía efecto, sería definitivamente un joven americano perdido. Meditó patéticamente sobre sus ambiciosos proyectos de futuro; ya no se convertiría en el héroe y el portavoz de su ciudad de nacimiento, Bangor, Maine; no podría, como había soñado, ascender de cargo en cargo y de honor en honor; también podía olvidar las esperanzas de algún tiempo de ser elegido presidente de los Estados Unidos y dejar tras de sí una estatua, en el peor estilo artístico posible, que adornara el Capitolio de Washington. Estaba allí, encadenado a un inglés muerto, doblado dentro de un baúl mundo; ¡de quien debía librarse o tendría que renunciar a las crónicas de la gloria nacional!

No osaría reproducir en esta crónica el lenguaje con que el joven se refirió al doctor, al hombre asesinado, a la señora Zéphyrine, al limpiabotas del hotel, a los criados del príncipe; en una palabra, a todos los que habían tenido la más remota conexión con aquella horrible circunstancia.

Bajó a cenar hacia las siete de la noche, pero el comedor amarillo le desanimó, los ojos de los otros comensales parecían posarse sobre él con sospecha y su cabeza permanecía arriba, con el baúl mundo. Cuando el camarero se le acercó para ofrecerle queso, tenía los nervios tan a flor de piel que dio un respingo, estuvo a punto de caer de la silla y derramó el medio litro de cerveza que le quedaba sobre el mantel de la mesa.

Cuando acabó la cena, el camarero le ofreció mostrarle el salón de fumar; y aunque hubiera preferido volver otra vez junto a su peligroso tesoro, no tuvo ánimos para negarse y fue conducido a un sótano negro, iluminado con lámparas de gas, que formaba, y posiblemente sigue formando, el salón de fumar del hotel Craven.

Dos hombres muy serios jugaban al billar, observados por un apuntador triste y consumido. Por un momento, Silas imaginó que aquéllos eran los únicos ocupantes del salón, pero al volver la cabeza sus ojos se posaron sobre una persona que fumaba, en el rincón opuesto, con los ojos mirando el suelo y un aspecto respetable y modesto. En el acto supo que había visto antes aquella cara y, a pesar de que había cambiado por completo de ropa, reconoció al hombre que estaba sentado en un poyo a la entrada de Box Court y que le había ayudado a subir y bajar el baúl del coche. Silas, sencillamente, dio media vuelta y echó a correr, y no se detuvo hasta que hubo cerrado con llave y atrancado la puerta de su habitación.

Allí pasó una noche interminable, presa de las más terribles fantasías, contemplando la caja fatal que guardaba el cuerpo muerto. La sugerencia del limpiabotas de que su baúl estaba lleno de oro le inspiraba todo tipo de nuevos temores, apenas osaba entornar los ojos; y la presencia del hombre de Box Court en el salón de fumar, y bajo un descarado disfraz, le convencía de que otra vez era el centro de oscuras maquinaciones.

Hacia un rato que había sonado la medianoche, cuando, impelido por sus sospechas, Silas abrió la puerta de su habitación y escudriñó el pasillo. Estaba escasamente alumbrado por una sola lámpara de gas y, a cierta distancia, vio a un hombre vestido con el uniforme del hotel durmiendo en el suelo. Silas se acercó al hombre de puntillas.

Estaba tumbado medio de lado, medio de espaldas y el brazo derecho le cubría la cara impidiendo reconocerlo. De pronto, cuando el americano todavía estaba inclinado sobre él, el durmiente apartó el brazo y abrió los ojos, y Silas se encontró de nuevo cara a cara con el hombre de Box Court.

-Buenas noches, señor -saludó el hombre, gentilmente.

Pero Silas estaba demasiado emocionado para encontrar una respuesta, y volvió a su cuarto sin decir palabra.

Hacia la madrugada, agotado por sus aprensiones, cayó dormido en la silla, con la cabeza apoyada en el baúl. A pesar de aquella posición tan forzada y de aquella almohada tan siniestra, tuvo un sueño largo y profundo, y sólo le despertó, ya tarde, una aguda llamada a la puerta. Se apresuró a abrir y se encontró con el limpiabotas.

-¿Es usted el caballero que acudió ayer a Box Court? -preguntó.

Silas, con un estremecimiento, admitió que era él.

-Entonces, esta nota es para usted -añadió el criado tendiéndole un sobre cerrado.

Silas lo rasgó y encontró dentro escritas las siguientes palabras: «A las doce».

Fue puntual a la hora. El baúl lo entraron delante de él varios fornidos sirvientes. Le condujeron a un salón donde un hombre estaba sentado, calentándose frente al fuego, de espaldas a la puerta. El ruido de tantas personas entrando y saliendo, y el retumbar del baúl cuando lo depositaron sobre las maderas del suelo era suficiente para llamar la atención del ocupante del salón, y Silas permaneció de pie, aguardando, en una agonía de terror, a que se dignara a reparar en su presencia.

Quizá transcurrieron cinco minutos antes de que el hombre se volviera y revelara los rasgos del príncipe Florizel de Bohemia.

-De manera, señor -dijo, con gran severidad-, que éste es el modo en que abusa usted de mi amabilidad. Se une a personas de elevada condición con el único propósito de evitar las consecuencias de sus crímenes; comprendo muy bien que se sintiera avergonzado cuando ayer hablé con usted.

-La verdad, señor -dijo Silas-, es que soy inocente de todo, excepto de mi mala suerte.

Y con voz atropellada narró al príncipe, en todos sus pormenores, la historia de sus calamidades.

-Veo que estaba equivocado -dijo Su Alteza cuando Silas concluyó su relato-. Es usted una víctima y, puesto que no debo castigarlo, he de ayudarlo. Ahora -prosiguió-, vamos al asunto. Abra su baúl en seguida y déjeme ver qué contiene.

Silas cambió de color.

-Temo mirarlo -dijo.

-Bueno -dijo el príncipe-, ¿no lo ha visto usted ya? Eso es una forma de sentimentalismo que hay que resistir. La visión de un hombre enfermo, a quien todavía podemos socorrer, debería afectar más nuestros sentimientos que la de un hombre muerto, que está más allá de toda ayuda, daño, amor u odio. Seréense, señor Scuddamore -y, viendo que Silas titubeaba añadió: -No quiero dar otro nombre a mi petición.

El joven americano se reanimó como si despertara de un sueño y, con un estremecimiento de repugnancia, se dispuso a desatar las correas y abrir los cerrojos del baúl del mundo. El príncipe permanecía a su lado, observando impasible, con las manos a la espalda. El cadáver estaba helado y Silas tuvo que hacer un gran esfuerzo, tanto físico como espiritual, para cambiarlo de postura y descubrir el rostro.

El príncipe Florizel retrocedió un paso y dejó escapar una exclamación de dolor y asombro.

-¡Ay! -exclamó-. Ignora usted, señor Scuddamore, qué regalo tan cruel me ha traído. Éste es un Joven de mi propio séquito, el hermano de mi amigo de mayor confianza, y por servirme en unos asuntos ha perdido la vida a manos de un hombre violento y traidor. ¡Pobre, pobre Geraldine! -siguió hablando, como si fuera para sí mismo-. ¿Con qué palabras le explicaré a usted la suerte que ha corrido su hermano? ¿Cómo puedo excusarme a sus ojos, o a los ojos de Dios, por los planes tan soberbios que le llevaron a esta muerte sangrienta e inhumana? ¡Ah, Florizel, Florizel! ¿Cuándo aprenderás la discreción que requiere esta vida mortal, y dejarás de obnubilarte con la imagen del poder de que dispones? ¡Poder! -dijo a gritos-. ¿Quién tiene menos poder? Miro a este muchacho, a quien he sacrificado, señor Scuddamore, y siento qué poca cosa es ser príncipe.

Silas se sintió inmensamente emocionado. Intentó murmurar algunas palabras de consuelo, y estalló en lágrimas. El príncipe, agradecido por su intención, se acercó a él y le cogió la mano.

-Domínese -dijo-. Los dos tenemos mucho que aprender y ambos seremos hombres mejores desde nuestro encuentro de hoy.

Silas le dio las gracias en silencio con una mirada de afecto.

-Escríbame las señas del doctor Noel en este papel

-dijo el príncipe llevándolo a la mesa-, y permítame recomendarle que cuando retorne a París evite la compañía de este peligroso hombre. En este caso ha actuado generosamente; debo creerlo así, pues si hubiera estado involucrado en el asesinato del joven Geraldine, no hubiera remitido el cadáver al propio asesino.

-¡El propio asesino! -repitió Silas, atónito.

-En efecto. Esta carta, que la Alta Providencia ha depositado de manera extraña en mis manos, estaba dirigida, ni más ni menos, que al mismo criminal, el infame presidente del Club de los Suicidas. No intente saber más de estos asuntos tan tenebrosos, sino que contétese con su milagrosa huida y abandone esta casa al instante. Tengo cuestiones urgentes, y debo disponerlo todo en seguida respecto a este pobre muchacho, que fue un joven tan valiente y tan apuesto.

Silas se despidió con obediencia y agradecimiento del príncipe Florizel, pero se quedó cerca de Box Court hasta que lo vio salir, en un espléndido coche, a visitar al coronel Henderson, de la policía. Aunque republicano como era, el joven americano se quitó el sombrero ante el coche que pasaba, con casi devoción. Esa misma noche tomó el tren de regreso a París.

Aquí (observa mi autor árabe) finaliza la HISTORIA DEL MÉDICO Y EL BAÚL MUNDO. Después de omitir algunas referencias al poder de la Providencia, muy adecuadas en el original, pero poco indicadas para nuestro gusto occidental, debo añadir solamente que el señor Scuddamore ya ha empezado a ascender los peldaños de la fama en su carrera política, y, según los últimos informes, es ahora sheriff de su ciudad natal.

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

